

MARIA EN LA RELIGIOSIDAD POPULAR

Una intuición fecunda de Puebla

Javier García *

INTRODUCCIÓN

La Conferencia de Puebla y el documento que alumbró marcaron un arranque vigoroso en los estudios de la religiosidad popular. A partir de Puebla y a lo largo de la década de los setenta en adelante asistimos a una floración exuberante de estudios sobre la religiosidad de los pueblos de América Latina. Y la veta no se agota. Desde la audaz afirmación de Puebla de que la religiosidad de nuestros pueblos coincidía con su cultura, se ha seguido profundizando en aspectos y campos de la misma. Ya entrados en el siglo XXI el interés actualmente se orienta hacia las culturas de los pueblos indígenas: el intento por elaborar una teología india no es en el fondo otra cosa sino el esfuerzo por mejor trenzar el evangelio en el tapiz de la cultura, religiosidad y tradiciones de los pueblos autóctonos del continente.

En este trabajo nos fijamos en uno de los temas más relevantes de la religiosidad popular, la devoción a María, haciendo especial alusión a la Virgen de Guadalupe. Es nuestra contribución a los 25 años de la celebración de la conferencia de Puebla, que marcó el inicio de una etapa fecunda en el camino de la Iglesia que peregrina en América Latina. Dividimos este estudio en dos partes: Guadalupe en la religiosidad de los pueblos de América Latina, y teología de fondo de la religiosidad mariana en nuestro continente.

I. LA VIRGEN DE GUADALUPE EN LA RELIGIOSIDAD DE LOS PUEBLOS DE AMÉRICA LATINA.

Hay dos textos de Puebla que nos van a servir de pauta: "*María es la Estrella de la evangelización y la Madre de los pueblos de América Latina*" (n.168)¹. El

* JAVIER GARCIA GONZALEZ, teólogo mexicano nacido en Guadalajara (México), ha sido profesor invitado veinte años en la Pontificia Universidad Gregoriana, de Roma, y actualmente es profesor ordinario de Cristología en el Ateneo Pontificio "Regina Apostolorum", de Roma. Ha sido teólogo perito de la Santa Sede en la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Santo Domingo (1992), así como en el Sínodo de América (Roma, 1997), y en el "Encuentro sobre emergencia indígena en América. Desafío pastoral para la Iglesia", celebrado por la CAL y el CELAM en Oaxaca (México) en abril de 2002. Participó también en el "Simposio de Diálogo entre obispos y expertos en teología india", celebrado por el CELAM en Riobamba, Ecuador, en octubre de 2002. Es autor de numerosos artículos sobre su especialidad y ha escrito, entre otros, los siguientes libros: "El hombre latinoamericano, ayer y hoy. Evangelio y cultura" (1992), "Santo Domingo en marcha. Una Iglesia en estado de nueva evangelización" (1993), "Cultura y nueva evangelización desde el Documento de Santo Domingo" (1993), "Jesucristo, Hijo de Dios, nacido de mujer. Cristología y soteriología" (1997), "Historia del Sínodo de América" (1999), "El Rostro indio de Jesús. Hacia una teología indígena en América" (2002), "Tonantzín Guadalupe y Juan Diego en el nacimiento de México" (2002).

otro texto, no por audaz, menos feliz: “*el evangelio, encarnado en nuestros pueblos, los congrega en una originalidad histórica cultural que llamamos América Latina. Esta identidad se simboliza muy luminosamente en el rostro mestizo de María de Guadalupe, que se yergue al inicio de la evangelización*” (n. 446).

El último texto sintetiza cuanto se ha tratado en el acápite anterior “Evangelización de la cultura”, del capítulo dos de la Segunda Parte del Documento. En dicho acápite se asienta la tesis de que la cultura en América Latina es fruto de la primera evangelización, que ha impregnado el alma y el ser de los pueblos americanos hasta el punto de que evangelización, religiosidad popular y cultura han terminado por ser no sólo correlativos, sino incluso coextensivos. Voy a aplicar el primer título a María de Guadalupe, como concreción histórica del mismo, sin ignorar que en cada país existe una propia advocación mariana que a su vez puede concretar dicho título. Asumo Santa María de Guadalupe como símbolo de la religiosidad de los pueblos americanos.

1. María de Guadalupe, “Primera Evangelizadora de América”

Tanto en Puebla, como posteriormente en Santo Domingo y en el Sínodo de América, los obispos dan a María de Guadalupe el título de *Estrella de la evangelización*. Pienso que ello es debido a varias razones. “Estrella de la evangelización”, porque cronológicamente la Virgen de Guadalupe es la primera aparición mariana de que se tenga noticia en el nuevo mundo, en 1531, diez años después de la conquista del imperio azteca por parte de Hernán Cortés. Tras la aparición, surgirá el santuario del mismo nombre en la colina del Tepeyac, a orillas de la antigua ciudad de Tenochtitlán, capital del imperio.

Sin embargo, la razón de peso por la que nuestros pastores le dan dicho título es porque fue la Virgen de Guadalupe quien abrió las puertas del evangelio a los indios y quien abrió los corazones de los indios al evangelio. En efecto, cuentan los cronistas que en el primer decenio de la llegada de los misioneros al continente, los indígenas se mostraron tan reacios al evangelio que Motolinía y otros misioneros escribían al emperador Carlos V que, si no había un milagro que tocara los corazones de los indios, más valía tornar a España. A partir de 1531 se produce un cambio de ciento ochenta grados, los indios van a recibir el bautismo “a velas desplegadas”, como dice un misionero. A

¹ Cf. También Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, 8-XII-75, 82. Juan Pablo II, *Discurso inaugural de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en el Seminario Palafoxiano de Puebla de los Ángeles, en Puebla*, 28 de enero de 1979, Conclusión.

partir de esa fecha, cientos de miles de indios acogen el evangelio, que echa raíces definitivamente en suelo americano².

La razón de fondo de este cambio de actitud de los indígenas es compleja. Las dos principales, a mi parecer, fueron el mensaje que María de Guadalupe hizo llegar a los indios desde su primera aparición, como Madre buena y protectora, y la perfecta inculturación de todo el evento guadalupano. Ante un pueblo vencido y postrado, María se presenta así: “*allí, en la casita del Tepeyac, mostraré, haré patente, entregaré a las gentes todo mi amor, mi mirada compasiva, mi ayuda, mi protección. Porque en verdad, yo soy vuestra madrecita compasiva. A ti y a todos los hombres que vivís juntos en esta tierra y también a todas las demás gentes que me amen, que me llamen, que me busquen, que confíen en mí. Así en verdad, oiré su llanto, su pesar*” (*Nican Mopohua*, vv.27-32)³.

Era familiar para los indígenas pensar en la divinidad como en una madre que se aflige y se preocupa por sus hijos. Sobre todo, teniendo en cuenta la situación de postración que, en 1531, diez años después de que había caído el imperio azteca bajo las huestes de Hernán Cortés y de los guerreros tlaxcaltecas, los indígenas aztecas veían que su mundo, no sólo político, sino también religioso y cultural, se les había derrumbado. La consternación era general. Si a esto añadimos los sufrimientos causados por los nuevos señores venidos de fuera, con servidumbres, trabajos forzados y malos tratos, el desánimo era total.

De aquí la oportunidad de la oferta de la Virgen María. Los dioses de los indígenas habían sido destruidos; la noble Señora se adelanta y de modo delicado e indirecto les da a entender que sus ídolos han sido destruidos, pero que el Dios en el que creen, sigue en pie; más aún, ella les trae un conocimiento más completo de ese mismo Dios: es Dador de vida, es Creador de los seres humanos, es Dueño de lo cerca y de lo junto, y, sobre todo, es “el verdaderísimo Dios”, es Padre que ha engendrado a un Hijo, Jesucristo, Dios mismo y el Único que nos salva (vv. 26-27), del que ella es Madre.

Ya los ánimos de los indios estaban preparados con el culto a *Tonantzin*, la madre de los dioses, benévola y protectora, venerada precisamente en el Tepeyac. El *Nican Mopohua* es todo un cántico a la maternidad espiritual de María, entonado por ella misma. Las primeras palabras con que saluda a Juan

² Ver, por ejemplo, Fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*, 1591, ed. Porrúa, México 1967; Fray Toribio Motolinía, *Historia de los Indios de la Nueva España*, ed. Porrúa, México 1973, p.85- Fray Gerónimo de Mendieta, *Historia Eclesiástica Indiana*, ed. Porrúa, México 1980, p.276.

³ El *Nican Mopohua* es la narración original de las apariciones de Guadalupe, escrita en lengua náhuatl por el indio Antonio Valeriano en 1556. Aquí lo citamos según la edición del erudito Mario Rojas Sánchez, “*Nican Mopohua... aquí se narra*”, ed. Centro de Estudios Guadalupanos, México, 1991.

Diego son: “escucha, hijo mío, el menor, Juanito, ¿a dónde te diriges?” Y en el relato abundan las frases maternas, llenas de ternura: “Hijo mío, el más pequeño” (v.26), “escucha, el más pequeño de mis hijos” (v.58). “bien está, hijito mío” (v.92). Y está, sobre todo, la conmovedora escena de la cuarta aparición:

“Escucha, ponlo en tu corazón, hijo mío, el menor, que no es nada lo que te espantó, lo que te afligió; que no se perturbe tu rostro, tu corazón. No temas esta enfermedad, ni ninguna otra enfermedad, ni cosa punzante, aflictiva. ¿No estoy yo aquí que soy tu madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo? ¿No soy yo la fuente de tu alegría? ¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos? ¿Tienes necesidad de alguna otra cosa?” (vv. 118-119).

En este torrente de expresiones del corazón materno de María de Guadalupe hay una especialmente original y conmovedora: “¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos?”. Juan Diego está en los brazos de la Virgen Madre a la manera como los hijos de las indias son llevados por éstas entre los pliegues de su rebozo o cargados a su espalda⁴.

La maternidad de María, afirmada en el cerro de Tepeyac, prolonga su maternidad en el Monte Calvario y en Pentecostés. Maternidad que *Tonantzin* Guadalupe subraya como universal, que no conoce límites ni se agota en un individuo, ni siquiera en un pueblo, sino que se extiende a todos los pueblos de América y aun de todo el planeta (vv. 30-31). La Virgen se presenta a Juan Diego con estas palabras: “Soy Madre tuya y de todos lo hombres que en esta tierra estáis en uno y de las demás variadas estirpes de hombres, mis amadores, los que a mí clamen, los que me busquen, los que confíen en mí”. A *Tonantzin* Guadalupe, nuestra Madre universal, hacen eco los habitantes del Nuevo Mundo que, cada día más numerosos, llegan en peregrinación a la colina del Tepeyac o erigen templos en su honor en todos los ángulos del continente.

La otra razón que dábamos de esa apertura del pueblo indígena al evangelio en tierras del Anáhuac era la prodigiosa **inculturación** que se da en todo el evento de Guadalupe⁵. Signos de la misma son el rostro mestizo de la Virgen, su imagen pintada, el mensaje, el texto de la narración llamado “*Nican Mopohua*”, la “*Casita sagrada*” y el indio mensajero elegido. Detengámonos brevemente en cada punto.

2. El rostro moreno de la Virgen

⁴ Salvador Carrillo Alday, *El mensaje teológico de Guadalupe*, ed. Instituto de Sagrada Escritura, México 1982, pp.24 y 25 ad sensum.

⁵ Juan Pablo II dirá en Santo Domingo que “*Santa María de Guadalupe ofrece un gran ejemplo de evangelización perfectamente inculturada*”, Discurso inaugural, 12 de octubre de 1992, 24.

El rostro moreno de la Madre de Dios está indicando la fusión gloriosa del mensaje cristiano con la cultura y la realidad indígenas: la Madre de Dios se ha hecho india con los indios. Rostro mestizo que anticipa la mezcla armoniosa de dos pueblos, antes enemigos, ahora reconciliados; del europeo y del indio americano nace un rostro nuevo que, lejos de ser desgracia y tragedia, es enriquecimiento y don. Lo dice hermosamente Juan Pablo II: “*La Virgen de Guadalupe, cuyo rostro mestizo expresa su maternidad espiritual que abraza a todos los mexicanos*” y aun a todos los latinoamericanos⁶.

3. La imagen pintada

Cuando Juan Diego desplegó el ayate ante Juan de Zumárraga, el 12 de diciembre de 1531, al obispo le pareció una imagen pintada al estilo devocional de la época, en España; pero los indígenas la entendieron y la supieron leer mejor que el mismo obispo, pues estaba pintada al estilo de los códices aztecas, en los que representaban sus saberes cosmogónicos y teogónicos, sus crónicas y gestas heroicas. En ellos se da una síntesis de representación real, de glifos, de signos, de colores y símbolos de su cultura. ¿Qué leía en la imagen de Guadalupe el indígena azteca? En el rostro de la imagen veía a una mujer mestiza, una de su raza, que había incorporado serenamente también trazos españoles. En la túnica de rosado o bermejo, veían el alba del sol, color de *Tonatiuh* y de *Yestlaquenqui*, nombres diversos del Dios-Sol. Los rayos de sol que la rodean indican que la noble Señora está vestida de sol, más aún, está preñada del sol, como lo comprobaba el indígena en dos detalles: en el cinturón negro, cuyo moño colgante era el signo que usaban las mujeres aztecas en estado de buena esperanza. Y, sobre todo, en el signo “*nahui ollín*” o “cuarto movimiento”, situado sobre el vientre de María: es el símbolo teológico más denso de toda la imagen de Guadalupe, la florecita de cuatro pétalos, como un jazmín, símbolo del universo, concebido como cuatro fuerzas antagónicas que se equilibran en un punto central creando así la estabilidad⁷. Es uno de los símbolos más altos de todo el pensamiento religioso y cosmogónico de los aztecas, *Nahui ollín* como el origen del movimiento y de la vida hecho por fuerzas contrapuestas en equilibrio. María de Guadalupe lleva en su seno al Autor de la vida y del movimiento del mundo, lo que en la mentalidad griega es el *Logos*. La Madre de *Ollín* vendría a ser la traducción de la *Theotókos*. Difícilmente se encontrará en la iconografía cristiana universal una representación más simple y elocuente de la maternidad divina de María.

⁶ Juan Pablo II, *Homilía de canonización de Juan Diego*, 31 de Julio de 2002,4

⁷ José Luis Guerrero, *Flor y canto del nacimiento de México*, ed. Realidad, Teoría y Práctica, Cuauhtitlán, Edo. De México 2000, 6ª Edición, p. 463.

En el manto azul, tachonado de estrellas, veían la *xiuhtimatl* o tilma turquesa, propia de los *tlatoanime* o príncipes, y del dios *Huitzilopochtli*. El *Huilcuícatl xoxouhqui* o “cielo azul” era el séptimo de los trece cielos, donde dicho dios residía y ése era el nombre de su templo en *Tenochtitlán*, capital del imperio azteca. Las estrellas que en él brillan traían a la mente india el recuerdo de *Coatlinícue* o “la diosa de la falda de estrellas”, otro nombre de *Ometeotl* o Dios supremo bajo un toque materno.

El cielo estrellado es el cielo nocturno, asociación de *Yohualli Ehecatl* o “noche de viento”, es decir, “el Invisible, el Impalpable”, otro de los nombres de *Ometeotl*. Lo que en lenguaje filosófico llamaríamos trascendente, que no puede verse ni tocarse, pues está más allá de la realidad visible.

En el ángel que sostiene con los brazos abiertos a la Virgen, veían los indígenas una suerte de *Quetzalcóatl* o serpiente emplumada, con postura de atlante tolteca, llamado “*Tlahuizcalpentecutli*” o “Señor de las estrellas de la mañana”, otro de los nombres de Dios. Sus plumas, pequeñas como puñales de sacrificio, cubren las alas de águila. Es también “el Águila que asciende” o *Cuauhtehuámitl*, otro de los nombres de *Huitzilopochtli*, que sube a ofrendar la Señora a Dios. Los colores del ángel -vestimenta de color rojo, con plumas de color azul, blanco amarillento y rojo-, son también colores sagrados: el rojo evoca el color del sol al nacer y al morir. El blanco y el rojo hablan de *Tlaloc*, dios del agua, y de *Xiutecutli*, dios del fuego respectivamente. El azul, ya hemos dicho, correspondía al *Huilhuícatl xoxouqui*, cielo azul o séptimo cielo donde residía el dios *Huitzilopochtli*.

El indígena que veía por primera vez la imagen de Guadalupe deducía por su cultura y religión que la noble Señora era la Madre del Dios Viviente, muerto en la cruz, Autor de la vida y Creador del Universo; era *Tonantzin Cuauhtlecupeuh*” o Guadalupe, que quiere decir “la que procede de la región de la luz como el Águila de fuego”, porque habita en *Xochitlalpan*, en el cielo, lugar de las flores, nuestra Madrecita compasiva, que en la colina del Tepeyac tiene su casita sagrada para acogernos y consolarnos en nuestros sufrimientos.

4. El mensaje

El gran mensaje que desde la colina del Tepeyac María de Guadalupe hace llegar al pueblo indígena del valle del *Anáhuac* y de toda América es éste: “Yo soy vuestra Madre compasiva, bondadosa, vengo a protegeros; y lo puedo hacer, porque soy también la Madre de Aquel por quien se vive, del Creador del mundo y de los hombres”. Este es el gran mensaje que los indios oyeron y “leyeron” en Guadalupe, en el momento de total postración, destruidos sus dioses, derrotados sus ejércitos, humillada su cultura, despojados ellos mismos de sus bienes. Ahora venía nada menos que la Madre de su Dios a acampar entre ellos, en su “Casita del Tepeyac” y a escuchar sus cuitas para

darles justo remedio. Y empezó el flujo de visitantes y peregrinos, cada día a la casita sagrada, flujo que con los años ha crecido hasta llegar a ser el río caudal que hoy en día contemplamos. Todos en Guadalupe, del centro, del sur y del norte del continente, se sienten acogidos y protegidos por la Virgen. En Guadalupe tenemos un ejemplo ilustre del ejercicio de la maternidad y protección de María.

Maternidad que no es estación final, sino punto de llegada y de orientación hacia la fuente de toda gracia, Jesucristo, el Hijo divino de *Tonantzin*, que es a la vez el Creador del mundo y de los hombres. Guadalupe ha sido y sigue siendo escuela de evangelización y de vida cristiana en la historia de los pueblos de América.

5. Su “Casita sagrada”

Ya hemos dicho cómo María de Guadalupe ha sabido hacer de “*la Casita sagrada*”, que por medio de Juan Diego pidió al Obispo Juan de Zumárraga, un centro de irradiación del evangelio entre los pueblos de América. Primero fue la ermita levantada por Zumárraga; luego, el templo más grande hecho por su sucesor, Fray Alonso de Montúfar; después, la iglesia de cantera del siglo XVII mandada hacer por el cabildo de la catedral; más tarde, en el siglo XVIII, la espléndida construcción barroca del actual antiguo santuario. Y, finalmente, la nueva basílica, del gran arquitecto Pedro Ramírez Vázquez, inaugurada en 1976.

La Basílica de Guadalupe ha llegado a ser centro geográfico y espiritual de la religiosidad del pueblo de México, el lugar más visitado del país, hogar y casa común de los mexicanos, oasis de peregrinos de todo el continente. Quien visite la Basílica de Guadalupe a cualquier hora del día, comprobará que en cada momento se está cumpliendo el deseo que la noble Señora expresó a Juan Diego:

“Mucho quiero, mucho deseo que aquí me levanten mi “Casita sagrada”, en donde (lo) mostraré (al Dios por quien se vive), lo ensalzaré al ponerlo de manifiesto: lo daré a las gentes, con todo mi amor personal, en mi mirada compasiva, en mi auxilio, en mi salvación; porque yo en verdad soy vuestra Madre compasiva, tuya y de todos los hombres que en esta tierra estáis en uno. Y de las demás variadas estirpes de hombres, mis amadores, los que a mí clamen, los que me busquen, los que confíen en mí. Porque allí les escucharé su llanto, su tristeza, para remediar, para curar todas sus diferentes penas, sus miserias, sus dolores” (vv. 26-32).

6. El mensajero elegido

María es así mismo *Estrella de la evangelización* de América porque eligió como interlocutor y mensajero a un indio *macehual* o gente de la gleba, Juan

Diego Cuauhtlatoatzin, a pesar de que Ella tenía “no escasos servidores (entre los españoles) a quienes podría haber encargado que llevaran su palabra y efectuaran su voluntad” (v.58); pero ella estimó que “era muy necesario que tú (Juan Diego) personalmente vayas y hables para que se lleve a efecto mi querer y voluntad” (v.59).

Al hacerlo, la Reina del cielo está rehabilitando la dignidad de todos los pueblos indígenas y valorando su cultura. María de Guadalupe se adelanta casi quinientos años a la aspiración de los pueblos indígenas de América a vivir según su cultura y sabiduría y a expresar el mensaje de fe cristiana en su propio mundo simbólico: lo que hoy llamamos teología india.

7. La narración del *Nican Mopohua*

Pocos años después, a mitad del siglo XVI, el noble indio Antonio Valeriano, educado en el Colegio de Santa Cruz de Tlaltilolco, y colaborador de Fray Bernardino de Sahagún, trilingüe -conocía náhuatl, castellano y latín-, nos narrará el evento de Guadalupe en una crónica en lengua náhuatl que es todo un primor de teología india *ante litteram*, es decir, de fusión admirable de cultura india con los misterios cristianos. Es lo que conocemos como *Nican Mopohua* o relato antiquísimo de las apariciones de la Virgen de Guadalupe, que inicia con las palabras “*nican mopohua*”, “aquí se narra”.

Por ello, podemos concluir que el título de *Estrella de la evangelización* de América que los obispos dan a María en Puebla está plenamente justificado.

II. TEOLOGÍA DE LA DEVOCION MARIANA DE LOS PUEBLOS AMERICANOS

Si nos preguntáramos qué teología hay detrás de la devoción de los pueblos de América Latina a María de Guadalupe, el Documento nos mostraría dos títulos mariológicos fundamentales: **María, Madre de la Iglesia** (nn. 283-291), y **María, Modelo de la Iglesia** (nn. 292-299). Es una robusta mariología calcada en la *Lumen Gentium* (nn. 53, 61, 63), enriquecida con los comentarios de Pablo VI en la exhortación apostólica “*Marialis cultus*” (2 de febrero de 1974), y trasladada a los originales modos de culto mariano entre los pueblos americanos.

Nuestros obispos presentan en Puebla una jugosa y sólida mariología en un contexto de la categoría de familia, muy en sintonía con la sensibilidad e idiosincrasia del pueblo latinoamericano. La imagen de la familia era, en 1979, y sigue siéndolo hoy, veinticinco años después, a pesar de los profundos cambios sociales, el núcleo de referencia más inmediato y entrañable para el

hombre y la mujer de América Latina en el momento de definir su vivencia religiosa. Dios como Padre, María como Madre, los demás hombres y mujeres como hermanos; todo ello dentro de un hogar en el que se dan lazos cálidos de cercanía, amor y comunión, la gran familia de la Iglesia de Cristo. Una fe vivida en forma individualista y desencarnada estaría en los antípodas de la fe viva del pueblo católico de América Latina.

Puebla empieza hablando de María como realización más alta del evangelio y como el gran signo de la cercanía del Padre y de Cristo, con quienes ella nos invita a entrar en comunión (n.282). La mariología de Puebla es una sólida teología calentada por sentimientos humanos de relaciones familiares.

Cita a Pablo VI al afirmar que María es “*un elemento genuino de la piedad de la Iglesia*” y a Juan Pablo II que lo aplica a América: “*la devoción a María pertenece a la identidad de los pueblos latinoamericanos*”(n.283)⁸. Y una afirmación conmovedora en su realidad humana: “*el pueblo reconoce en la Iglesia la familia que tiene por Madre a la Madre de Dios*” (n.285).

1. **María, Madre de la Iglesia**

A partir de aquí desarrolla el tema de María como Madre de la Iglesia, siguiendo la pauta de la *Lumen Gentium* (n. 53), y de cada uno de nosotros. La evangelización de América significó para María el alumbramiento de nuevos y numerosos hijos. Ella, gloriosa ya en el cielo, actúa en la tierra; con su amor materno cuida de los hermanos de su Hijo que todavía peregrinan (LG 62), procurando que tengan vida abundante y lleguen a la madurez de la plenitud de Cristo (Jn 10,10; Ef 4,13) (nn. 287-288). Vela por la Iglesia e implora ante el Señor de la historia por todos los pueblos. Por eso el pueblo encomienda a María como Reina maternal el destino de nuestras naciones.

En esta gran familia María es la Madre educadora que cuida que el evangelio empape nuestra vida diaria, la conforme y produzca frutos de santidad. “*Ella es la pedagoga del evangelio en América*” (n. 290).

2. **María, Modelo de la Iglesia**

El otro gran título de la mariología de Puebla es el de *María, Modelo de la Iglesia*, título asimismo afincado en la mariología del Vaticano II. En su desglose del concepto, nos dice ante todo que es modelo en su relación con Cristo: en María “todo está referido a Cristo y todo depende de él”⁹. Donde el pueblo dice: ¡María!, Ella dice: ¡Cristo! Nunca su ejemplaridad interfiere con la de Cristo, Modelo primordial y único de toda santidad. María es modelo espejular, pues quien la ve y la imita, está viendo e imitando a su Hijo.

⁸ Juan Pablo II, Homilía en Zapopan, 2.

⁹ Pablo VI, Exhortación Apostólica *Marialis Cultus*, 25.

Ella es también modelo para la vida de la Iglesia y de los hombres, en el orden de la fe: la fe viva, fuerte, dinámica, luminosa que María vivió en su peregrinación terrena, ha de reproducirlo hoy la Iglesia en la vida de sus hijos. Modelo para que nosotros sepamos comportarnos como hijos de Dios Padre con aquel amor, aquella obediencia, aquella piedad con que el Espíritu Santo dotó a María. Y para que aprendamos a vivir como hermanos en clima de amor y servicio.

No falta un cuadro con claroscuros marcados como de mano de Carvaggio sobre el *Magnificat* como espejo del alma de María. Eran los años 70 y todavía soplaban, impetuosos, los vientos de la liberación en América Latina. ¿Acertaría alguien a decirme quién escribió el texto citado en el n. 297 del Documento? Dice así:

“En el *Magnificat* María se manifiesta como modelo “*para quienes no aceptan pasivamente las circunstancias adversas de la vida personal y social, ni son víctimas de la “alienación”, como hoy se dice, sino que proclaman con Ella que Dios “ensalza a los humildes” y, si es el caso, “derriba a los potentados de sus tronos...”*. Podría firmarlo cualquiera de los teólogos de la liberación entonces más a la vista. Sin embargo, lo firma un pastor venido de lejos...”¹⁰

Un feminismo que quisiera inspirarse en una mujer que reuniera todos los dones de la feminidad, de la joven a la esposa, de la madre a la viuda; en una mujer libre y fuerte, delicada y tierna, en una mujer que espiritualiza la carne y encarna el espíritu, tendría que acudir a María como a su más alto modelo (299).

María es también, y sobre todo, el modelo acabado de la mujer y del hombre nuevos redimidos por Cristo precisamente en el misterio de su Inmaculada Concepción. Y en su Asunción, muestra el sentido y el significado del cuerpo, santificado por la gracia y llamado a participar de la resurrección de Cristo.

María es, en fin, modelo del servicio eclesial en una América Latina lacerada por tantas heridas sociales y espirituales. Por todo ello, repite el Documento, es la hora de María, en este nuevo Pentecostés que Ella preside con su oración, y anhela que María siga siendo la *Estrella de la evangelización siempre renovada*¹¹ (nn. 300-303).

El Documento, al hablar de la religiosidad popular (nn. 444-453), subraya que la devoción a María tiene sus momentos fuertes en las festividades marianas del ciclo litúrgico, sus lugares de especial concentración en los grandes santuarios de cada país y aun de cada región. Sus modalidades son

¹⁰ Juan Pablo II, *Homilía en Zapopan*, 4.

¹¹ Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, 82.

multiformes: peregrinaciones y visitas a los santuarios marianos nacionales -y los hay en cada país, de Guadalupe a Zapopan y a los Remedios, en México; de la Virgen del Carmen y de Chiquinquirá, en Chile y Colombia, a Copacabana, en Bolivia, a Luján y Aparecida en Argentina y Brasil respectivamente-. Devoción que se expresa también en la consagración a María de individuos, pueblos, ciudades y países, en cuadros y altares en todos los hogares, en oraciones, mandas, votos y exvotos. Hay tradiciones de tipo artístico tanto en pintura y escultura cuanto en música y literatura.

En fin, la piedad mariana está entretejida en el manto multicolor con que se arropa el pueblo de América, pertenece a su patrimonio religioso, folclórico, cultural y artístico. Más aún, la devoción mariana pertenece a la identidad de nuestros pueblos, a su patrimonio genético religioso, es lo que lo distingue específicamente de otras confesiones religiosas, esotéricas o parareligiosas y es germen extraordinariamente eficaz que lo defiende y en cierto modo lo inmuniza frente a ofertas religiosas alternativas.

La devoción a María es uno de los grandes tesoros de la piedad de los pueblos de América Latina que los pastores y evangelizadores han de mantener viva e inculcar, defender y catequizar para que siga siendo faro en su caminar por la historia.

Como acabamos de ver, la devoción a la Virgen de Guadalupe y la devoción mariana del pueblo latinoamericano, en general, se nutre de unas raíces teológicas antiguas y muy profundas, que permiten esperar frutos fecundos de vida cristiana.